

Meditación del hombre satisfecho

Por: Luis Sexto

Levanto la mano derecha y niego cualquier exageración al decirlo. Entre mis pertenencias, si nos amenazara un desastre de viento, agua o fuego, salvaría mis libros. Y si sólo pudiera rescatar un solo título, metería en mi urgida mochila *La vida de Cristo* del poeta, periodista y sacerdote español José Luis Martín Descalzo. Culta, contemporánea, entrañada y conmovedora visión de Jesús de Galilea. Pero más me conmueve, por la fractura humana que los signa, el prólogo donde el autor cuenta cómo su escritor predilecto, su maestro Georges Bernanos, se propuso, bajo un raptó de fe durante una enfermedad en 1948, abandonar todo sus proyectos literarios y escribir su vida de Cristo. Murió, sin embargo, pocos días después. Y el joven Martín Descalzo, aleccionado, inspirado decidió aplazar toda obra cuando cumpliera 60 años y aplicarse a componer „su vida de Cristo%”

Con el tiempo, Martín Descalzo comprendió que tal vez no alcanzaría a vivir 60 años, y se empeñó prioritariamente en el libro soñado, no fuera a pasarle igual que al autor del *Diario de un cura rural*. La escribió en tres tomos. Y lo que siguió no lo cuenta –no puede–; lo decimos los lectores: murió, en efecto, luego de concluir su proyecto de biografía cristiana: a los 60. Con ese dato el libro irradia un valor personal que nos reclama la participación emotiva mucho más que si el autor permaneciera entre los vivos.

Ahora bien, uno se pregunta si podrá escribir „su vida de Cristo%” antes de los 70. O al menos, que es la pregunta que importa, si podrá dedicarle la vida a Cristo ante de los 70 o los 60, o los 20. Porque, habitualmente aplazamos esa ofrenda. Afincándonos aun más en la literatura, puedo citar a san Agustín, cuyas *Confesiones* nos atraen y nos remueven el alma, precisamente por esa veta de humanidad falible en que el autor moja su pluma. Y confiesa cómo, sintiéndose llamado, le pedía a Dios que esperara: Todavía no, Señor, déjame entre mis yerros y pecados un tiempito más. Por ello, el escritor francés Fracois Mauriac, que también escribió una estimable Vida de Cristo, hablaba en su autobiografía de las numerosas conversiones que había decidido en su vida, dividida en períodos de antes o después de la primera conversión, o posteriormente a la segunda, y así en un curso de aproximaciones a la plenitud cristiana.

De todos estos ejemplos tomados de escritores católicos, uno saca una conclusión: las decisiones urgentes, las primordiales, no han de aplazarse hasta que las circunstancias las favorezcan. Los seres humanos, al parecer, tenemos una percepción liberal del transcurso del tiempo; usualmente ponemos en el mañana los mejores propósitos soslayando que lo básico del ser es existir y persistir en la existencia en el presente. Porque el aplazamiento es sólo una precaria garantía de que mañana habrá continuación. Quién nos garantiza que veamos el siguiente amanecer. Quién osa a asegurar el porvenir. Los deseos no bastan ante la conjunción de decenas de fragmentos imprevistos que siguen el imán que los hala sin que podamos conjurarlos. En este aspecto la sabiduría del refranero prevé una actitud cautelosa: no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Claro, el Evangelio lo advirtió mucho antes cuando Jesús recomendó la actitud vigilante de las vírgenes prudentes, aptas en cualquier circunstancia para recibir al Esposo.

Escribo desde mis fallas. Uno ha tenido que arrepentirse de acciones imperfectas. Y no sé si tendrá que ver con alguna intuición de la fe, pero uno presiente que lo hecho –lo mal hecho– ha sido cubierto por el manto de la misericordia del Padre. En cambio, lo bueno que uno ha dejado de hacer pesa como el peñón de Gibraltar en medio del mediterráneo de nuestra desolación. Es la tristeza de no ser santo, que decía otro escritor francés, Charles Peguy. La tristeza de perder el momento de ejercer el bien, de multiplicar las oportunidades que el Administrador de nuestras tierras nos cedió.

Hace poco, reflexionando sobre el derroche de las ocasiones en que el bien nos invitó a detenernos, escribí este poema. Lo titulé Oración del hombre satisfecho. Con él me figuro que ya no tendré nada más que decir:

Eres el último y el primero de los transeúntes/ que he dejado atrás/ difuminándose en el polvo/ que la sábana de mi memoria nunca vuelve a recoger. / –Qué dicha alzar nuestra tienda entre las cuentas cuyas apariencias/ acreditan el heráldico sábado de los triunfadores!/ Lo admito: cada uno de aquellos transeúntes Te representaba/ en su insuficiencia. / Y lo olvidé bajo el parejo sonido del auto, / el apacible rodar del que nunca/ tendrá urgencias de llegar a donde va. □